RAFAEL LAPESA (1908–2001), UN LIBRO, UNA VIDA Y UN AMOR

Corre el año 1925, una pareja de estudiantes, Pilar Lago de Couceiro y Rafael Lapesa, coincide en la Facultad de Filosofía y Letras; ella trabaja en el Tribunal de Cuentas y él en una sociedad de seguros, "Los Previsores del Porvenir".

"Pilar me prestó sus apuntes de «Teoría de la literatura y de las artes», tomados en las clases de don Andrés Ovejero, a las cuales no había podido asistir yo. Los dos seguimos después los cursos, decisivos para nosotros, de Ovejero sobre Cervantes y de Américo Castro sobre la historia de la lengua española. Una vez licenciados, coincidimos también en el Centro de Estudios Históricos...".

La joven, bellísima, marchó de lectora a París y como narraba con naturalidad don Rafael: "a su regreso en junio nuestra amistad se hizo cada vez más cordial; en 1931 pasamos al noviazgo, y en agosto del 32, a la boda."

Estos años fueron decisivos para don Rafael: encontró en Pilar Lago de Couceiro el amor que duraría más de sesenta años y en el magisterio de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos las directrices que marcaron su formación intelectual y el desarrollo de su personalidad insobornable.

A principios del año 1927, recién licenciado, García de Diego lo llamó como becario a la Real Academia Española para colaborar en el *Diccionario Histórico*; la muerte del malogrado Sánchez Sevilla llevó a Lapesa a su trabajo en el Centro para continuar la labor iniciada el año anterior en el *Glosario* de *Orígenes del español*, bajo la dirección de Menéndez Pidal.

Esta obra es el símbolo de la constancia y el rigor en el trabajo de don Rafael; empezó su redacción en 1928 y la interrumpió varias veces por sus oposiciones a la cátedra de instituto o por la redacción de su tesis (tarea en que contó con la generosa colaboración de Pilar); en 1935 don Ramón concibió el proyecto de una *Crestomatía,* proyecto que se publicó en 1968 y que absorbió gran parte del tiempo de nuestro filólogo.

En 1937, Lapesa, que estaba al cuidado del Centro, escribía a don Ramón: "... en estas condiciones se puede trabajar bastante mal. El *Glosario* de *Orígenes*, con los ficheros abajo y la biblioteca cerrada, no puede seguir adelante". La labor del *Glosario* continuó desde 1954 hasta 1960 y se volvió a reanudar en el período de 1966 a 1976. A principios de 1982, época muy dura en su vida, se quejaba don Rafael "Yo he emprendido muchas [cosas], pero la mayoría se han quedado –o se van a quedar– a medias."

En total, casi treinta años de trabajos de Lapesa en esta obra, ayudado en algunas tareas por C. García y por M. Palomar. En esos años la actividad de nuestro filólogo fue grandiosa y la sola enumeración de sus publicaciones y de sus actividades llenaría páginas y páginas de este *Boletín*; sí quisiera únicamente recordar aquí sus labores en la Presidencia de la Asociación Internacional de Hispanistas (1974-1977).

Acabada la primera fase de los trabajos en el *Glosario* y en la *Crestomatía*, fue decisiva la redacción de su *Historia de la lengua española* (1942), iniciada por encargo de T. Navarro Tomás en 1938: "Una empresa editorial quiere publicar unos manualitos populares de lengua y literatura. Son unos tomitos de unas ciento cincuenta cuartillas escritas a máquina a doble espacio. Desearía que hiciese usted uno de estos tomitos, trazando una breve historia de la lengua española. Son libritos destinados a obreros y campesinos. Tienen que ser sencillos y claros, con el menor tecnicismo posible. Creo que ese librito de historia del español puede servir para hacer sentir la importancia y dignidad de la lengua que hablamos, favoreciendo la estimación y generalización de su uso."

El magisterio que ha ejercido esta obra del profesor Lapesa en el siglo XX me ahorra todo comentario; la "historieta", como la denominaba graciosamente su autor para oponerla a la inconclusa *Historia de la Lengua* de Menéndez Pidal, se fue convirtiendo a lo largo de sus diferentes ediciones en un libro magistral, exhaustivo y dotado con la claridad de prosa característica de su autor.

Lapesa fue incorporando las nuevas investigaciones y descubrimientos, fue dando cada vez más importancia a los planteamientos teóricos y a la formación del español americano, manteniendo una información bibliográfica actualizada y siempre cumpliendo el punto de partida inicial: "...se había afirmado en mí la convicción de que la vida de las lenguas está vinculada indisolublemente al vivir de las comunidades que las hablan..."

Lapesa siempre se mantuvo fiel a la tradición del Centro de Estudios Históricos de considerar la unión íntima de la historia de la lengua con sus textos literarios: "No pensé nunca que pudiera historiarse una lengua prescindiendo de la literatura que en ella floreció; Menéndez Pidal, cuyos *Orígenes* habían estudiado los romances peninsulares en su época preliteraria, me había advertido que en la proyectada *Crestomatía-historia* habría que dar creciente entrada al testimonio y peculiaridades de la literatura".

En su *Historia*, combina Lapesa armónicamente, como en la mayoría de sus trabajos, historia externa e historia interna: "Me he esforzado –observa Lapesa– eso sí, en presentar la indisoluble interpenetración de la historia externa de la lengua con su historia interna, con sus cambios de formas y estructuras, encuadrando la creación y evolución lingüísticas en el marco de la historia general, que muchas veces descubre la causa que las genera o el sentido que las encamina."

Con estos presupuestos iniciales comienza Lapesa una labor de investigación en los terrenos lingüísticos y literarios, unidos muchas veces en trabajos de auténtica originalidad: el cultismo semántico en Garcilaso y en Fray Luis, la ausencia de artículo en la poesía de Góngora o el problema de la posición del adjetivo, por no citar más que unos pocos estudios.

Américo Castro escribía de este aspecto de la investigación de Lapesa a propósito del libro *De la Edad Media a nuestros días* (1971): "La técnica lingüística convive en esta obra con la percepción del encanto artístico, tan a menudo sacrificado en el ara de la ascesis filológica. Las preferencias técnico-literarias de Lapesa aparecen esbozadas en este excelente volumen, en el cual se traza, en sus rasgos esenciales, la imagen lingüístico-literaria de los españoles."

Ya antes había publicado sus admirables trabajos: *La obra literaria del Marqués de Santillana* (1957) y *La trayectoria lingüística de Garcilaso* (1968), y continuaría a lo largo de su vida con los estudios recogidos en *Poetas y prosistas de ayer y de hoy* (1977), *De Ayala a Ayala: estudios literarios y estilísticos* (1988) y *De Berceo a Jorge Guillén: estudios literarios* (1997).

En la primera época de su formación filológica, comenzó su interés por los problemas teóricos en el famoso curso de la Universidad Internacional de Santander en el que Dámaso Alonso planteó tantas novedades: "...me había descubierto, entre otras muchas cosas, las doctrinas de Saussure y Bally, cuyos respectivos *Cours de linguistique générale* y *Linguistique générale et linguistique française* fueron para mí una revelación". Un poco más tarde, de su época de Salamanca (época del injusto destierro), recordaba la impresión que le había producido la lectura de los *Principios de Fonología* de Trubetzkoy. Tenía una gran capacidad para absorber lo nuevo y para situar los problemas en las nuevas perspectivas. Se entusiasmaba con los descubrimientos que él sabía valorar en su justo término.

Volvíamos una noche de Lérida a Barcelona; don Rafael había hablado en un homenaje a S. Gili Gaya, por quien sentía un grandísimo afecto; Lapesa acababa de leer el trabajo de P. Boyd Bowman sobre las cartas de los emigrantes a América transcritas por Otte, esas poquísimas páginas habían sido para él la confirmación de tantas horas de trabajo y su sabiduría describía con auténtica pasión el panorama de la emigración a América. Porque

a Don Rafael le entusiasmaba América y había trabajado con enorme rigor en la formación de los aspectos fonéticos del español americano, los descubrimientos habían comenzado nada menos que en la biblioteca particular de Amado Alonso, pero calló las pruebas, que no publicaría hasta la muerte de tan ilustre huésped, para no darle un disgusto. Siempre mantuvo la pasión por el conocimiento y, sobre todo, como prueba esta anécdota, durante toda su vida acrecentó su gran delicadeza en las relaciones de amistad.

En 1954 vuelve a su tarea en los *Glosarios* e ingresa en la Real Academia Española, institución a la que dedicó gran parte de su vida y de sus esfuerzos, incluso, muy a su pesar, en las tareas administrativas y directivas; a la vez se hace cargo de la dirección del Seminario Menéndez Pidal de la Universidad de Madrid.

Coincidiendo con sus oposiciones a la cátedra de la Universidad Complutense (1947), había vuelto a trabajar en el Seminario de Lexicografía y en la preparación del *Diccionario Histórico*, cuyo primer fascículo se publicó en 1960 y cuyo prólogo teórico al primer volumen (1972) fue redactado por don Rafael. De esta época y de estas tareas procede el interés renovado por las investigaciones del léxico y por los problemas de la lexicografía diacrónica que se reflejan en los abundantes trabajos reunidos con la ayuda de J. Lodares en los volúmenes *Léxico e Historia* (1992).

En 1961 comenzó sus colaboraciones con la Sociedad de Estudios y Publicaciones, a petición de Julián Marías, conferencias que originaron sus bellos trabajos sobre el español desde Feijoo hasta la lengua contemporánea, que se publicaron en su libro *El español moderno y contemporáneo: estudios lingüísticos* (1996), conjunto de artículos que prueba la extraordinaria capacidad investigadora de Lapesa para iluminar certeramente auténticas lagunas de nuestra historia lingüística. En el año 1960 el inmenso trabajo académico le había hecho abandonar sus labores en los *Glosarios* que reanudaría en 1966, ya a punto de publicarse la *Crestomatía del español medieval* (1968), labor iniciada en 1935.

En la Real Academia don Rafael se hizo cargo también de la coordinación de los trabajos preparatorios de la obra *Esbozo de una Gramática de la Lengua Española* (1973); Lapesa meditó mucho sobre las líneas directrices de este trabajo académico, de sus relaciones con la *Gramática* de 1931 y de sus diferencias. En el terreno gramatical, Lapesa, gracias a sus conocimientos teóricos, defendía la incoporación de las innovaciones de los avances científicos y el cambio en la estructura tradicional de la obra, insistiendo en la necesidad de incluir una sección de *Prosodia*, en el sentido más actual del término. En 1976 logra entregar un volumen manuscrito de los *Glosarios* al Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española.

Además de toda su extraordinaria labor docente y de colaboración en la Real Academia Española y en la Real Academia de la Historia, a lo largo de estos años don Rafael escribió docenas y docenas de trabajos de aspectos diacrónicos de la lengua española redactados con la exactitud, el rigor y la originalidad que caracterizan toda su obra: desde los casos latinos a las fórmulas de tratamiento, del Poema del Cid a la historia del ceceo y del seseo, por ejemplo, sus colaboraciones iban creando todo un cuerpo de saberes que trataba de construir una historia gramatical y lingüística de aspectos relevantes de la lengua

española, trabajos que recogieron devotamente María Teresa Echenique y Rafael Cano en los *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (2000), que se completan con la antología *Estudios de historia lingüística española* (1985). En los últimos años de su vida, Lapesa tuvo la enorme satisfacción de ver publicada su tesis doctoral *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media* (1998).

Como ya se ha señalado, su prosa está llena de claridad, siempre mesurada, dotada de rasgos de originalidad y de simpatía cordial, que él procuraba refrenar, pero que a veces aparece en sus semblanzas, como en la descripción de María Rosa Lida de Malkiel: "Era tan gentil y distinguida como sabia. La recuerdo elegantísima, intencionadamente vestida a la penúltima moda y coronada por amplia pamela."

Constante, como simboliza su trabajo en la redacción de los *Glosarios*, fiel a los maestros, dedicado con pasión a la enseñanza, moderado en todo, salvo con las injusticias (encantador en el análisis de sus sentimientos, definía su ánimo al ingresar en el Centro de Estudios Históricos como de "eufórica osadía"); fiel también con los amigos y con las instituciones, "cerro testigo" lo definió por tantas virtudes Diego Catalán, y Américo Castro, su maestro, señalaba: "En sus tareas humanas se han dado cita virtudes que raramente coinciden en un mismo individuo. En el caso presente "tarea humana" no es redundancia, porque en la vida de Rafael Lapesa "tarea" pierde su sentido árabe de 'porción de quehacer obligatoriamente llevada a cabo', pues sus enormes prestaciones de esfuerzo dan la elegante impresión de estar llenando deportivamente el hueco de sus ocios."

Don Rafael era muy cuidadoso en todo y ponía el mismo cuidado en la copia de un documento con su letra magnífica como en las cosas menores de la vida. Era un prodigio verlo ponerse sus guantes para conducir su "MG" blanco, impecable, como no podía ser menos en todo el mundo que rodeaba al matrimonio Lapesa.

Por último, para completar su semblanza, recuerdo su consideración respetuosa para todas las dimensiones de la existencia: don Rafael se quitaba el sombrero cuando se encontraba en la calle con doña Pilar. Su relación de respeto, de admiración y de amor se refleja en el retrato emocionado de Pilar: "Publicó muy poco, en gran parte a causa de su abnegado y ejemplar empeño de ayudarme. Conservó su belleza hasta el fin de su vida.

Cuando a punto ya de jubilarse enseñaba literatura a las adolescentes del Instituto Isabel la Católica, ejercía sobre ellas una atracción irresistible. Imagino lo que sería para aquellas muchachitas oír la «*Voz del agua*» de Enrique de Mesa recitado por aquella hermosa dama, de tez tersa y cabello plateado, que les decía

> Era pura nieve
> y los soles me hicieron cristal.
> Bebe, niña, bebe
> la clara pureza de mi manantial...

El *Glosario*, titulado posteriormente *Léxico hispánico primitivo (siglos VIII al XII). Versión primera del Glosario del primitivo léxico iberorrománico*, convertido en un grueso volumen de

casi setecientas páginas, se publicó en los últimos días del año 2003, gracias al cuidado de Manuel Seco y de otros colaboradores, sin que don Rafael tuviera la satisfacción de verlo impreso, pero disipando los temores de enero de 1982.

Doña Pilar murió en 1984 dejando a don Rafael con el aparente consuelo de su trabajo, rodeado por el respeto y el cariño de alumnos, amigos y colegas.

José Manuel Blecua Perdices (2003)
Universidad Autónoma de Barcelona